

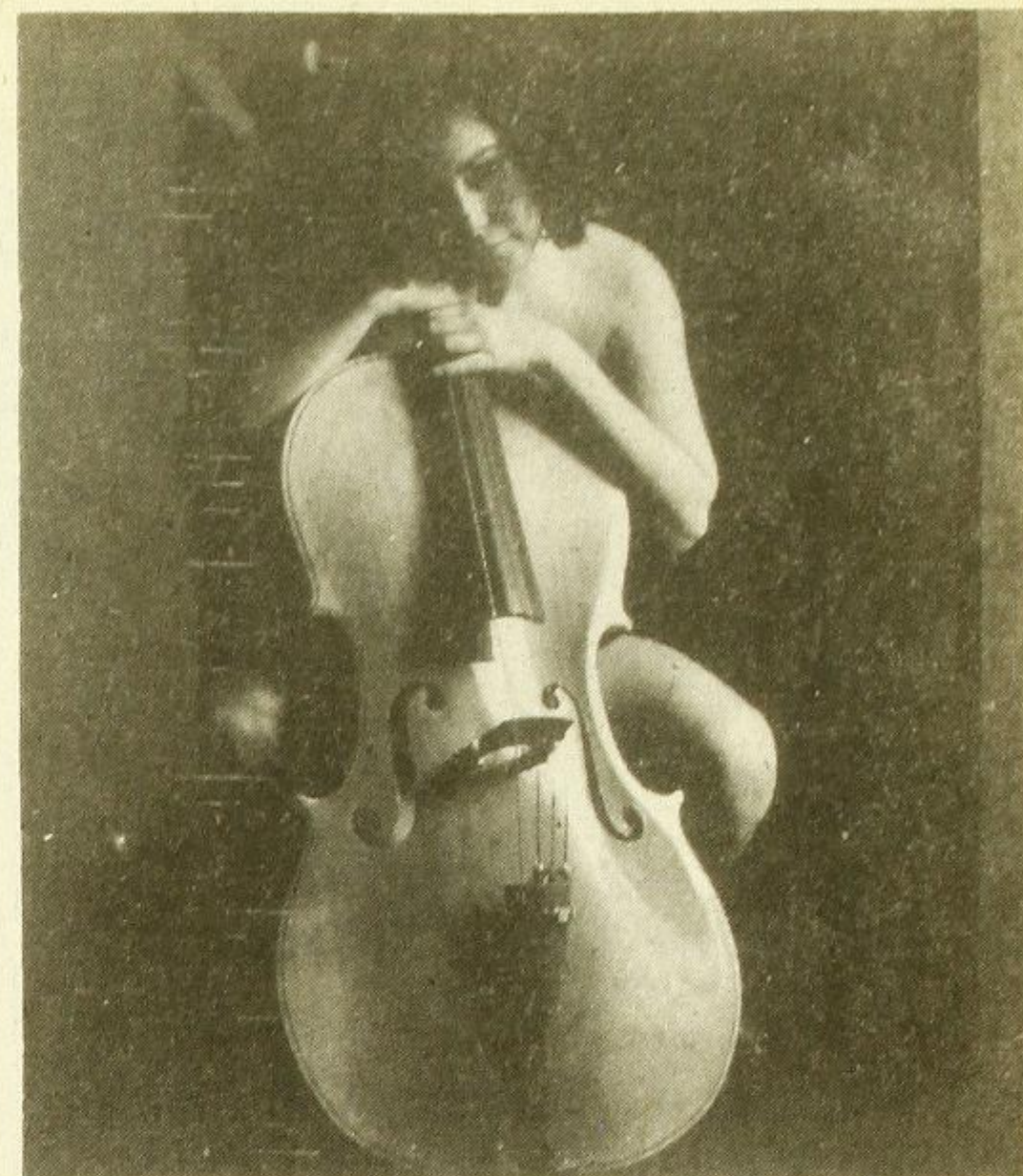
la UNAM, con una asistencia promedio de veinte trabajadoras de cada una de ellas, "donde se reflejaron en forma constante y similar los temas abordados en este testimonio cinematográfico".

De octubre de 1986 a julio de este año trabajaron en la estructura del guión, filmación y edición.

A veces trabajaron a marchas forzadas pero su interés por el proyecto nunca decayó. Ambas cineastas confiesan haberse involucrado de verdad en la vida de las trabajadoras universitarias, y que nació entre directoras y protagonistas una relación afectiva muy fuerte, muy rica. En muchas ocasiones hicieron malabarismos para continuar: el tiempo se consumía,

era necesario ajustarse al horario de las empleadas que participaron en la película, conseguir permiso de sus jefes para que no les descontaran el sueldo y la aprobación de los familiares. Sin embargo, pudo concluirse.

Mientras me alejo del cine pienso que ojalá después de ver esta película, las reuniones femeninas en la UNAM, en cualquier institución, fábrica o lugar de trabajo se difundan, porque efectivamente existe otra manera de hablar cuando lo hacemos entre nosotras, y así, poco a poco, transformemos "la plática cotidiana en reflexión, la lamentación en proposición, la queja en solución y la resignación impotente en organización". *Jem*



(Xóchitl Calderón Córdova)

## Cocinando imágenes

Angeles Necoechea

**M**e daba miedo no ser capaz de ir reconociendo qué caminos y cómo había que recorrerlos para hacer la Cocina de Imágenes. No estaba segura de que fuera posible hacerla con tan poco dinero y tan poca experiencia en esas cosas.

Y mientras dudaba, hacía, y mientras hacía, dudaba más. Pero una vez echada a andar, se había iniciado la aventura y ya no podía detenerla.

En las noches me imaginaba cómo podrían hacerse ciertas cosas, solucionarse. Mi primer compañero de trabajo en la Cocina de Imágenes fue Pablo. Al despertarnos, y mientras desayunábamos, yo iba contándole lo que se me ocurría.

Una mañana, entre la prisa del horario de cada uno, y entre café y café, quedó claro que había que buscarle un nombre especial a esta muestra de cine. Esa noche, ya tarde, sentados en la cocina-sala-estancia de la casa, con el foco sobre nuestras cabezas, discutimos algunas ideas. Yo me preguntaba por qué si ciertos grupos de cine utilizaban nombres como laboratorios de imágenes, o espacio de imágenes, o fábrica de imágenes, no podía yo utilizar la casa y sus lugares como ese terreno en el que se generan las imágenes que crean muchas mujeres cineastas.

La idea de un laboratorio (pero más en el sentido de la alquimia) en el que se mezclan sueños, realidades, fantasías, deseos, y se crea una ilusión, un pedazo de vida, era la que más me gustaba.

Personalmente me encantan las cocinas, la mayor parte de mi vida la he pasado en diversas cocinas. Para mí es el lugar más cálido de una casa. Ahí he tenido las conversaciones más intensas, las más acaloradas, las más íntimas, las más alegres y las más tristes. En la cocina me he sentado a trabajar, a escribir, a dibujar, a leer.

Al llegar a una casa siempre empiezo conociendo a la gente que vive ahí a partir de cómo es su cocina y cómo la habita. Tengo la impresión de que quien habita y disfruta de su cocina es gente afectiva y calurosa.

Yo dije (con cierta inseguridad) "¿Y qué tal Cocina de Imágenes?" A Pablo le gustó y apoyó la idea de la cocina como un laboratorio de imágenes muy particular.

Era octubre de 1986. Guadalupe Lara (que siempre estuvo cercana y ayudando en todo lo que podía) hizo una cita con las autoridades de la Cineteca Nacional y decidieron apoyarnos porque les gustó la propuesta.

Una mañana, durante el desayuno, Pablo y yo terminábamos con las ideas que debería llevar un primer folleto que íbamos a imprimir para iniciar la difusión de la Cocina de Imágenes. Pablo había hecho el diseño.

Ese primer diseño nos costó discusiones y malos humores, pero también alegrías y buenos ratos. Todo se hizo en el taller de Pablo. Tomamos las fotos juntos, mezclando nuestras ideas. Esa mañana me iba a un Festival de cine chicano. Todavía en el coche discutíamos

los últimos detalles. El folleto tendría que estar impreso antes del Festival de La Habana, porque era un lugar ideal para anunciar la Cocina de Imágenes e iniciar los contactos.

Mientras yo no estuviera Pablo iniciaría la impresión. Esa primera impresión, que después yo empecé a colorear a mano, y más adelante la coloreamos en serigrafía, fue un éxito durante el Festival en Cuba. Era diciembre, la Cocina de Imágenes había sido muy bien acogida por las mujeres del Festival. Había muy buenos contactos, la FEDELIC estaba dispuesta a ayudar y la perspectiva era buena.

Las vacaciones de fines de diciembre con Pablo, fueron, con todo y las dificultades que ya se anunciaban, una carga de baterías.

En enero regresamos al trabajo en Zafra. En la última semana me fui a Nueva York, a Filadelfia y a Chicago. Estaba invitada para hacer presentaciones de las películas de mujeres que mandaba Zafra para la muestra. La experiencia fue muy buena porque conocí a Ana Carolina, una cineasta brasileña.

Disfruté mucho escuchándola hablar sobre sus ideas cinematográficas, el porqué de su estilo de cine, y su pasión y vocación.

Este encuentro me movió más hacia Cocina de Imágenes. No había dejado de pensar en si tenía sentido o no hacer una Muestra de cine, que requeriría un esfuerzo tan grande y que tal vez a nadie le interesaría. O que tal vez no era ya interesante hacerla específicamente sobre cine de mujeres; en fin, las dudas eran muchas y no dejaba de cuestionarme si no era mejor ponerme a trabajar en mis propias cosas. Las conversaciones con